



ACERVO GENERAL

IGNACIO RAMIREZ.
(EL NIGROMANTE.)

En un pueblo pintoresco de Guana-
juato, donde nacieron algunos de los
primeros héroes de la independencia, en
San Miguel el Grande, llamado hoy de
Allende, vió Ignacio Ramirez la luz pri-
mera, el 23 de Junio de 1818.

Sus padres eran indios de raza pura,
no corrompida con la mezcla de sangre
extraña; su progenitor, Lino Ramirez,
era tarasco de la tribu de Querétaro, y
la madre, Sinforosa Calzada, azteca de
Tlacópam.

Ignacio Ramirez, tenía orgullo en su
casta, y siempre que había una oportu-
nidad, se jactaba de su origen; hagamos
en prueba de esto una recordación, aun-
que interrumpamos el orden cronológi-
co anticipándonos algunos años más allá
de aquel en que estamos.

Fundado había Ramirez un periód-

co en la ciudad de Toluca, para sostener las ideas más avanzadas del partido democrático, y cuyo solo nombre revela su espíritu intencionado: intitulábase *Themis y Deucalión*. En uno de sus números y en un suelto de gacetilla, lamentábase Ramírez de tres sucesos que calificaba de infaustos, y eran, la vuelta del Papa á Roma, por el poder de las bayonetas francesas, la desgracia de Garibaldi, y la derrota de Narciso López, que había proclamado la Independencia de Cuba.

Publicábase á la vez, en la capital, otro periódico llamado *El Huracán*, que estando redactado por españoles, contestó á Ramírez, llamándole *indio*. Ignacio Ramírez, replicó entonces, en unos tercetos frementes de indignación, que relampagueaban en sarcasmos, y en cuya punzante ironía se revelaba el odio implacable de raza.

Entre esos tercetos, se leía el siguiente:

En *indio* ser mi vanidad se funda,
 "Porque el indio socorre en su miseria
 "A los vasallos de Isabel segunda."

Retrocedamos al punto donde comenzó nuestra divagación.

Muy niño era aún Ramírez, cuando se sintió arrastrado por las tempestades políticas: su padre estaba filiado con el partido liberal rojo; y al subir el jefe de éste al poder, el immaculado patriota Valentín Gómez Farías, D. Lino Ramírez, fué nombrado Gobernador de Querétaro, á donde se encargó de ejecutar la primera ley de ocupación de los bienes del clero, que produjo una revolución que derribó al partido democrático. Ignacio Ramírez, entre tanto, continuaba en el Colegio de San Gregorio de la Capital, los estudios literarios que había comenzado en Querétaro.

En aquel entónces, había en México una asociación literaria, denominada: "Academia de San Juan de Letrán," que se reunía en el colegio de este nombre, y que había alcanzado en el país un alto renombre por estar formada por los sabios y literatos que más fama habían alcanzado, como Luis de la Rosa, Carpio, Pesado, Lafragua, Otero, Lacunza, Cardoso y otros cien que sería muy largo enumerar.

A pesar de que reinaba un altivo exclusivismo en el seno de aquella Aca-

demia, que no dejaba ingresar á ella á los neófitos de las letras, sino después de algunas pruebas, un día se vió penetrar en aquel recinto un joven de aspecto sombrío, de rostro prolongado, cuyo color oscuro tenía los reflejos verdosos del bronce por la infiltración biliosa, cuyos pómulos prominentes denunciaban la raza azteca, cuyo labio grueso se plegaba por una sonrisa burlona y sarcástica, y cuyos ojos centelleaban por unas pupilas brillantes de inteligencia, y rodeadas con una esclerótica inyectada de sangre y bilis.

El traje del joven revelaba su pobreza, y sus maneras el encogimiento típico del colegial.

Según el reglamento de la Academia, el candidato tenía que presentar una tesis de introducción. Ramirez ocupó la tribuna, y al leer el tema de su discurso, aquellas cabezas cubiertas de canas y de lauros, se levantaron con asombro, fijándose todas las miradas con avidez en el joven orador, que acababa de lanzar en aquel santuario de la ciencia un pensamiento que fulminaba las creencias y los dioses de aquel arcópagó.

La tesis de Ignacio Ramirez orlaba

sobre este principio: *No hay Dios, los seres de la Naturaleza, se sostienen por sí mismos.*

Los sabios y literatos de la Academia, educados unos en la escuela peripatética, que fué lo más avanzado en filosofía que pudo importar España á la colonia; nutridos otros con la dialéctica católica, é inficionados algunos con el enciclopedismo del siglo XVIII, que con cortas dosis y como un contrabando había pasado á la América latina, salvando la aduana de la conciencia que se llamó el *Index*, al escuchar aquella audaz enunciación sintieron el terror del presentimiento de que había llegado para México la hora de la crisis social, cuya primera trepidación sacudía el templo y el altar que adoraba un pueblo entero.

Ramirez, entre tanto, desenvolvía en su disertación una teoría enteramente nueva, fundada en los principios más severos de las ciencias exactas, y deduciendo de una serie inflexible de verdades experimentales la conclusión, inaudita hasta entonces, de que la materia es indestructible, y por consiguiente,

eterna: en este sistema podía suprimirse, por tanto, un Dios creador y conservador.

Cuando Ramirez concluyó de hablar, los académicos se pusieron en pié y felicitaron á aquel colegial oscuro, que, envuelto en una capa de sopista, se anunciaba como el apóstol de una revolución religiosa y filosófica que destruía toda la ciencia universitaria.

Lacunza, dijo estrechándolo en sus brazos: "Voltaire no hubiera hablado mejor sobre este asunto."

Lacunza se equivocaba: Ramirez no pertenecía á la escuela de Voltaire. El gran filósofo del siglo XVIII, el jefe de la escuela enciclopédica de Francia, que con su escepticismo burlón había herido de muerte las creencias legendarias de un vasto continente, sólo había sido el demoleedor infatigable del pasado, que al levantarse con su genio inmortal sobre un montón de ruinas, ni una piedra llevaba para construir los cimientos del porvenir.

Sin Voltaire, jamás hubieran sido libres, ni el pensamiento, ni el hombre, ni el pueblo: todo lo derrumbó con su

prodigioso talento: el altar, el trono, la tradición y la historia apócrifa de las sectas y de la humanidad. Pero al escalar los cielos se detuvo en el dintel: y el filósofo que había atacado la religión con la duda y el epigrama, se empeñó en probar la existencia de Dios con una ecuación y con un problema geométrico.

Ramirez, con una intuición soberana, casi por un fenómeno inexplicable de adivinación, llegaba á formular las avanzadas conclusiones, que sólo más tarde sentaron los sábios del lado Norte del Rhin, y los pensadores de la escuela francesa.

"No hay Dios, los seres de la naturaleza se sostienen por sí mismos." — Hé aquí el lema con que se anunció Ramirez ante una sociedad retardataria, poco ilustrada, fanatizada por el imperio secular de España.

Si otro cualquiera hubiera lanzado ese grito de guerra que atentaba contra un Dios, contra las creencias de una era, y contra la filosofía presidida por Roma, la divina y la infalible, habría sido tomado como un jactancioso demente.

Pero Ramirez, tras de su tesis dejó

desbordar un torrente de ciencia que asombró á sus oyentes, que salvando los muros de la Academia, inundó la ciudad y se derramó después por todo el país.

México sintió el calofrío del presentimiento, porque en aquel blasfemo principio, se traslucía una revolución religiosa y un cataclismo social que removería desde sus cimientos la sociedad vieja de construcción gótica, para darle la forma que exigía el progreso humano.

México, como todos los países latinos, sediento siempre de escándalo y emociones, recoje con avidéz la noticia de todo hecho que sale del orden común pronto, pués, como dijimos ya, cundió por la ciudad el rumor del tema sacrilego, presentado por Ramirez á la Academia de Letrán.

Los pensadores que aceptaron en su fuero íntimo, alguna de las ideas de Ramirez, aunque no se atrevieron á hacer pública profesión de ellas, lo respetaron y lo estimaron como un génio superior.

El vulgo, es decir, la mayoría de la Nación, sobre todo, el clero y las clase

acomodadas, en su fanática gazmofiería, con terror veían cruzar á aquel joven sombrío y meditabundo, tan pobremente vestido. Como las mujeres de Ravena al ver pasar al Dante por las calles, decían nuestros ignorantes timoratos:—
¡ese hombre viene del infierno!

Ramirez, entre tanto, abstraído en el estudio, recorría las bibliotecas públicas, porque no podía tener libros, y leía todo, y todo lo absorbía, asimilándose una gran dosis de ciencia, con esa selección de los talentos superiores que extractan la doctrina, desechan lo excedente y lo falso, concretan, y sobre los conocimientos adquiridos, implantan sus propias deducciones.

Ignacio Ramirez se había consagrado al estudio del derecho para tener una profesión que ejercer; pero eso no bastaba á su deseo inagotable de saber. Las ciencias exactas, las ciencias físicas y naturales, y aun las más abstractas, le absorbieron largos años de consagración. Todo lo sabía Ramirez, y á su saber imprimía un carácter propio, enteramente original.

Después de esta preparación intelectual, que le había conquistado un lugar

importante en el partido más audaz de la época, en el federal, Ramirez entró con la vicera levantada al campo de la política.

Se creó en aquel entonces, en la capital de la República, un club popular que era el que preparaba la marcha de la administración en el sentido liberal y reformista. Ignacio Ramirez, era uno de sus más vigorosos oradores.

En esa época, salió un periódico redactado por Ramirez, Prieto y Payno, y más tarde, por Agustín Franco, ese poeta de la escuela byroniana, cuyo nombre y cuyas obras nadie recuerda ya, porque se extinguió como una estrella errante.

Ese periódico, que no sólo brilló en su época, sino que los pocos ejemplares que quedan, se buscan con avidez, se intituló: *Don Simplicio*; y chispeante, agresivo, preñado de sarcasmo y de salática, alcanzó una inmensa popularidad y originó á los que escribían en él, todo el odio del gobierno conservador, que, sintiéndose herido de muerte y ostigado por la flagelación continua de *Don Sim-*

plicio, suspendió su publicación y redujo á prisión á sus redactores.

Santa-Anna, ese Proteo político, que para escalar tantas veces el poder, adoptó todos los credos políticos, fué electo Presidente de la República, en Diciembre de 1846, después de la revolución iniciada en Guadalajara, contra Paredes.

Así quedó restablecido el sistema federal, entronizándose de nuevo el partido democrático.

Al organizarse los Estados, bajo la forma constitutiva que les garantizaba su soberanía, el de México, uno de los más extensos de la Federación, y cuyas costas bañaban dos mares, fué confiado á la hábil administración del Sr. Olaguibel, quien, apreciando los talentos de Ramirez, lo llevó á una de las Secretarías de Gobierno.

El hombre de Estado pudo entonces aplicar en el terreno práctico y en una vasta escala, sus teorías reformistas. Consagrado día y noche al trabajo, formulaba las disposiciones gubernativas, iniciaba cuanta mejora creía conveniente en los servicios públicos, y no sólo tuvo la mayor parte del trabajo de la

reconstrucción política y social del Estado, sino que planteó los principios que más tarde debía desarrollar en toda su latitud la Reforma.

En aquellos momentos, y cuando México no podía sofocar la guerra civil, que extinguía sus fuerzas vitales, sintió sus fronteras invadidas por tropas norte-americanas.

El país se preparó á la defensa del territorio nacional, con valor, pero sin aliento, porque comprendió que no podría resistir con ventaja el impulso de una nación tan poderosa como la que amenazaba nuestra independencia.

Los Estados se aprestaron á levantar su contingente de hombres y dinero, y el de México fué uno de los que más se distinguieron en esa ocasión, porque Ignacio Ramirez, que tenía á su cargo la Secretaría de Guerra, cuidó especialmente de la organización de la guardia nacional del Estado, que algún tiempo después concurrió á la batalla del Valle de México. Al frente de las tropas estaba el gobernador: y Ramirez, que no lo había abandonado, concurrió á aquella acción de armas.

Las graves atenciones de la guerra, la

preocupación unánime de salvar la autonomía nacional, y la escasez del tesoro público, no impidieron que el partido liberal, que gobernaba en la República, y sobre todo, en el Estado de México, planteara audazmente algunos de los principios radicales de su programa.

Como una simple recordación, mencionaremos aquí, que en aquella luctuosa época cometió el partido clerical su tercera traición contra la patria. Después de haber combatido la independencia proclamada por Hidalgo, y después de haber falsificado el pensamiento de ella con la defección de Iturbide, ayudó eficazmente á la ocupación del país por los americanos; y por odio al partido democrático y por salvar los bienes del clero, hizo un pronunciamiento, negándose á cooperar á la defensa nacional.

Ramirez, creó en torno del Ejecutivo del Estado un Consejo de Gobierno, formado por Iglesias, Valle, Carrasquedo, Prieto y Escudero y Echanove, que entonces era liberal.

De este Consejo, presidido por el gobernador del Estado, y en el cual irradiaba la luminosa iniciativa de Ramirez,

salieron leyes modelos, que, unísonas con el principio de libertad, han subsistido por largos años. Merecen mencionarse, como las más notables, la abolición de las alcabalas, ese *desideratum* de la democracia, que no ha podido realizar la Federación; la prohibición del juego, la abolición de las corridas de toros y la libertad de los municipios, como la base de la redención y salvación de la raza indígena, y la formación de la guardia nacional.

Entonces se reorganizó el Instituto literario, ese plantel donde se educaron muchos de nuestros hombres públicos que se han hecho notables en el foro ó en el parlamento.

Ramírez, aprovechando su condición de Secretario del Gobierno, impulsó poderosamente la fundación del Instituto, cuya dirección se confió al Sr. Felipe Sánchez Solís.

En esa época, se unió Ignacio Ramírez, en matrimonio, con la bellísima joven Soledad Mateos, construyendo aquellos dos corazones un hogar, que fué el santuario de los afectos más nobles, y donde brillaron todas las virtudes que se transmitieron á los dignos hijos de

aquellos esposos, que tan tiernamente se amaron.

Esa fué la faz más hermosa de la vida de Ramírez: era la única faceta de luz que brillaba en aquella alma, tallada como un diamante negro.

La noble esposa, la digna compañera de su vida, era merecedora del afecto que le profesaba aquel corazón tan grande y de la estimación en que la tenía aquella inteligencia tan superior.

Cruzó con Ramírez una larga vida de dolores, de angustias y de pruebas: se identificó con aquel carácter inflexible ante la desgracia, lo consoló en sus decepciones, se identificó con sus creencias, respetándolas, sufrió resignada las privaciones y las persecuciones, y cuando Ramírez ocupaba los puestos más altos de la República, su esposa se excusaba del brillo y de la ostentación, encerrándose en su honrado y modesto hogar.

Cubriré con un manto de flores la tumba de la matrona que precedió muy poco tiempo á su esposo en ese tránsito del sér al no sér. Al espirar su esposa se sintió á su vez herido de muerte: desde ese día dejó de latir la vida en aque-

lla organización, y Ramírez, sin doblegarse su alma de acero, pero sin aliciente, y sin estímulo cruzó por la existencia, escéptico y tan descreído que, apesar de sentirse enfermo, resistió curarse. Más tarde narraremos los últimos días del reformador, del filósofo.

Vencido el partido liberal que tantos esfuerzos había hecho por sostener la guerra contra los americanos, y consumado un tratado de paz con los Estados Unidos del Norte, el partido moderado se encontró dueño del poder.

En esta evolución, el Sr. Olaguibel y los demócratas que lo rodeaban, fueron sustituidos en el gobierno del Estado de México con personas de distinto color político.

Ramírez había dejado de ser Secretario de gobierno; pero el Sr. Sánchez Solís, que continuaba encargado de la dirección del Instituto Literario de Toluca, le encomendó las clases de primero y tercer años de derecho y literatura, sirviendo estas dos últimas sin ningún emolumento.

Ignacio Ramírez se consagró entonces al profesorado como á un sacerdote,

cumpliendo los deberes que había contraído con una exactitud que rayaba en fanatismo, siendo el primero que se presentaba en sus clases á las horas reglamentarias, sin que se lo estorbaran ni las lluvias torrenciales, ni estar casi desierto el establecimiento, pues muchos de los alumnos habían desertado aterrados por el cólera que en aquella época luctuosa (1850) asolaba la ciudad.

Peró lo que más hizo distinguirse á Ramírez fué la esplendente irradiación de su saber, que brillaba en la cima de aquella cátedra como un sol de progreso. Allí con su palabra severa, henchida de doctrina y reverberante de ciencia, anunció, explanó y demostró las nuevas verdades que hacían una revolución en las ciencias, borrando las metafísicas del cuadro, suprimiendo las que ataban la inteligencia á la revelación, y destruyendo los arraigados errores que encadenaban la libertad del pensamiento al dogma teológico.

La sociedad se sobrecogió de miedo cuando traslució que las cátedras de derecho y literatura se habían convertido en un Sinaí de reforma: las conciencias se alarmaron y los timoratos organiza-

ron una cábala contra el profesor sospechado de herejía.

Los padres de algunos de los alumnos comisionaron á los Sres. Mañón y Juan Madrid, para que pidieran al Director del Instituto la separación de Ramirez. El Sr. Sánchez Solís rehusó enérgicamente aquella pretensión, lo cual no desalentó á los conservadores, tan ténaces en sus ódios y tan hábiles para derrumbar una reputación y reproducir una calumnia.

Se dirigieron á Tavera, Secretario de Justicia del gobierno del Estado de México, el cual pidió informe sobre Ramirez: y habiendo sido satisfactorio el que rindió el Director, se alejó á éste del Instituto con pretexto de conferirle una comisión popular, y se separó al catedrático que inculcaba á la juventud ideas nuevas y radicalmente liberales.

Ramirez tornó tranquilo y sonriente á su hogar, á sus luchas, á su vida de estudio y privaciones, hasta que en 1852, Vega, gobernador del Estado de Sinaloa, lo nombró Secretario de gobierno, en cuyo puesto se conservó por algún tiempo, dejando planteadas notables mejoras administrativas. Poco tiempo

permaneció en su puesto, porque el gobierno constitucional fué derrocado por la revolución suscitada contra Arista, y triunfante por el golpe de Estado de Ceballos y sobre todo por los convenios de Arroyozarco, donde los generales Manuel Robles Pezuela y Uraga formaron un plan que trajo por última vez á Santa-Anna al mando supremo de la República.

Ramirez emigró á la Baja California, donde hizo el admirable descubrimiento de la existencia de zonas perlíferas, analizando á la vez en luminosos artículos, los preciosos mármoles que existen allí, y cuya formación explicaba el sabio por la hacinación de conchas marinas.

Algunos meses después Ignacio Ramirez volvió á la capital de la República.

El 20 de Abril de 1853 con insolente pompa militar y clerical hizo su entrada á la ciudad de México Santa-Anna, instituido dictador del país sin limitación y sin más ley que su voluntad. Para delinear con un solo rasgo esa admi-

nistración, basta decir, que el jefe del gabinete nombrado por Santa-Anna, fué D. Lucas Alamán.

El partido liberal, al ver levantarse la soldadesca en torno de la cual se rebullían los conservadores y los clericales, se retrajo de la cosa pública presintiendo que muy pronto sería perseguido, y que tendría que combatir la tiranía militar.

Los hombres más prominentes de la administración anterior se consagraron á las labores de su bufete unos, y otros á trabajos personales para sostener á su familia.

Sánchez Solís fundó en la capital un colegio poliglota, en el cual creó una clase de literatura que encomendó á Ramirez. El alto renombre que había alcanzado el maestro, y la resonancia de sus admirables lecciones donde brillaba una inmensa dosis de erudición y una asombrosa elocuencia, atrajeron una gran concurrencia á aquella clase.

La tiranía profesa un odio instintivo á la enseñanza; y si ésta la dan los libres pensadores, al odio se asocia el terror. Santa-Anna, al saber el género de enseñanza que se daba en el colegio po-

liglota, ordenó á su ministro de Fomento lo clausurara.

Peró el punto objetivo de su rencor era Ignacio Ramirez á quien veía como el verdadero jefe de la escuela filosófica liberal. Lo redujo á prisión remachando una ignominiosa cadena á su pié. Ramirez fué llevado por las calles de la capital engrillado en premio de su ciencia, de su génio y de sus servicios á la patria y á la libertad: necesitaba ese timbre de gloria, el martirio, para igualarse á los apóstoles de la ciencia y á los salvadores de la humanidad.

Pronto sacudió el país el estupor en que lo hundiera el triunfo de los conservadores. Se proclamó en Ayutla el plan que llevó este nombre, que fué el génesis de la Constitución de 57.

Santa-Anna creyó sofocar la revolución del pueblo en un mar de sangre y emprendió la asoladora campaña del Sur, donde se cometieron crímenes oficiales sin cuento. Sembróse el terror á tal grado, que un día el mismo dictador se alucinó creyéndose triunfante, y embriagado con una victoria dudosa, supuso que había concluido con el mo-